

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Pues...

Sábado 20 de Enero.

El Eco de Cartagena

La muger de Zaragoza.

III.

Prosigue Castelar:

«Para estudiar el influjo moral de la muger, no investiguéis tanto su naturaleza y aptitudes, como los resultados producidos por la virtud de su educación. Se conoce la madre en sus hijos, y se resume en la madre la muger. Del corazón de la muger digna la educación, y en la educación se forma y se modela el alma de los pueblos. Para comprender cuanta energía guarda el corazón de las zaragozanas, hay que estudiar el sitio de Zaragoza, cuyas peripecias podrían dignamente creerse arrancadas a la historia de Esparta: que el heroico pueblo llevó su heroísmo, hasta producir en nuestro tiempo, á nuestros ojos, con hechos inconcebibles á la razón y superiores á todos los estromos de la fantasía, una verdadera leyenda en que campean la abnegacion y el valor.»

«El inmortal cantor de las dudas y de los dolores de nuestro siglo ha consagrado bellísimas estrofas al heroísmo de Agustina Zaragoza en la ciudad que le dió ser y nombre. Pero no, es Agustina, ciertamente la única muger distinguida en estos cruentísimos combates. Al fin, hija del pueblo, parecía mas acostumbrada á los rudos trabajos del sitio: enamorada de un soldado que murió á sus plantas, parecía mas dispuesta por los impulsos del amor, que obra milagros, á la transformacion desde la debilidad al heroísmo. Doña Consolacion Azlor pertenecía á una familia riquísima, y recibió la educación selecta que toleraban las supersticiones de aquel tiempo. Pero notuvo en su pecho mas amor que la patria, ni en sus esfuerzos mas aguijón que el deber. El oro de sus arcas pasó á mano de los defensores de su causa y hasta las alhajas de su

familia. Cuando no tuvo cosa alguna que ofrecer, ofreció su vida; digna hija de Gerona, donde habia nacido, digna hija de Zaragoza, donde se habia casado. Su palacio fué hospital, su lecho asilo de los heridos, como su riqueza patrimonio de todos. Aquellas delicadas manos curaron las heridas de los caidos en medio de la refriega, y aquellos torneados brazos cargaron los cuerpos exánimes. Ni su belleza, ni su posicion, ni sus hijuelos fueron parte á detenerla en ningun sacrificio: para ella solamente existia en el mundo la patria lacrada por la conquista. Su talle, flexible como una palma, se ciñó la cañana cargada de cartuchos; sus manos empuñaron el fusil; y aquel ángel de paz terminó por ser ángel exterminador de los franceses, á impulsos de exaltado pero justo patriotismo. En uno de tantos dias terribles, el 4 de Agosto de 1808, su casa, fortaleza, hospital, asilo, barricada, reducto, iba á caer en manos de los enemigos, cuando, sobresaltada por el peligro, arrastrados cañones á sus umbrales, dispara, y logra que los vencedores de los primeros soldados del mundo cejen y huyan al arrojo de una débil muger. Caidala ciudad, antes muerta que entregada, su defensora huyó con sus hijos; y despues de haber intentado prolongar la defensa mas allá de lo permitido á las fuerzas humanas se refugió en Cádiz, último asilo de nuestra independencia, donde llevó en su ejemplo el nombre de su inmortal ciudad.»

«Junto á Consolacion Azlor merece colocarse la muger que antes hemos mencionado, Agustina Zaragoza que ha personificado en su renombre el valor de todas las zaragozanas. Esta muger singular tenia en la hora y sazon del primer sitio unos 20 años. Alta de cuerpo, robusta de temperamento, morena de color, sus ojos negros y rasgados despedían relámpagos de ira en medio del combate, manteniendo el valor de los esforzados y prestando ánimo á los débiles. Su impulso primero fué impulso de muger, pues viudo muerto á sus plantas un sargento de artillería á quien amaba, se abalanzó á él,

cogió de sus manos crispadas la mecha, se abalanzó al cañon abandonado en medio de un fuego horroso, y lo disparó con verdadera furia, sembrando entre los enemigos el espanto y la muerte. Al ver rodar aquel cuerpo sus compañeros se espantan, y unos caen heridos, y otros retroceden amedrentados, y todos abandonan los cañones, mientras una columna enemiga avanza á recoger el despojo de su valor y de su fortuna. Para mayor desgracia, los cartuchos y las municiones consagrados á la defensa estallaron, destrozando hasta las cercanías del reducto. Agustina comprendió que todo estaba perdido, y por una inspiracion soberana se arrojó á las baterías. Pisaba sobre los muertos, rodeabanla multitud de heridas, y ciega para ver todas estas tragedias, solo media la distancia que separaba á los vencedores de su presa, y solo queria arrebatársela. En efecto su aparicion desconcertó mas aun que su arrojo, pues pudieron ver con que gentes se las habian cuando las mugeres se portaban así, y el cañon disparado por ella vomitó la muerte, como relampaguearon el terror sus encendidos ojos. Pero no es admirable en ella solamente la inspiracion de aquel minuto, sino la porfia rayana de la tenacidad, con la cual consiguió que viniesen auxilios y rechazasen á los sitiadores. En el convento de la Trinidad, en las troneras de la Misericordia, durante el segundo sitio, alentó y entusiasmó á todos con su ejemplo, la primera en el ataque, la última en la retirada, hasta tener que encerrarse en los fosos de las baterías perdidas, y deber á su destreza la existencia comprometida por su heroísmo. La pesada que diezaba la ciudad la postro hasta poner en peligro su vida, y agitada dentro del convento de San Agustín, tendida en el repuesto de un cañon entre los sacudimientos del delirio y las visiones de la fiebre, oye que la ciudad va por fin á entregarse, y sogó á un pequeño niño suyo, tambien apesado, entre los brazos, y huye sin fortuna, pues

los franceses la conocen y la incorporan á sus prisioneros, hasta que en Puente la Reina logra fugarse con su criaturilla, la cual muere en la fuga entre los escualidos brazos de su pobre madre, á la enfermedad contraída en Zaragoza.»

«No acabaríamos nunca si hubiéramos de citar todas las sublimes heroínas de estos combates, que marcaron al mundo en la última ocasión del sitio sirguen en la Historia. Benita Portoles peleó en todos los encuentros, y especialmente en el horrible de la Puerta Quemada, cuando los últimos mas varones veteranos habian cedido paso al enemigo. De sus manos recibieron muerte varios soldados del conquistador, y á la hora de la rendición, el vencedor dió la orden terminante de fusilarla, que no cumplió por la serenidad mostrada en tan supremo trance. Casta Alvarez y Manuel Sancha, capitanas de las trincheras avanzadas, recibieron dos heridas mortales, la primera en el cuello, y segunda en el vientre. El heroísmo parece cosa natural y casi necesaria en el hombre, que ha nacido para los combates, y está organizado como quien ha de sostener perpetuamente una guerra á muerte. Para ser tan frágil y tan hermoso, estar tan delicado y tan sensible, cuya organizacion ha sido toda entera consagrada al amor, que lleva en su pecho el bálsamo á las heridas, en sus ojos la luz de nuestros horizontes, en su palabra la poesía de la existencia, necesita vencerse y transfigurarse para entrar en la caliginosa atmósfera de nuestros días, y combatir en el sangriento campo de batalla donde jamás tenemos ni siquiera una hora de reposo. La gloria de las zaragozanas consistió en haber con una facultad de su naturaleza, con el amor, vencido todos sus impulsos, dominado todos sus instintos; y convirtiéndose en verdaderas mártires, pues para ellas el martirio estaba en la necesidad de amar. Ellas ofrecieron de grado esas vidas de la patria hasta el sacrificio de su naturaleza.»